

naciones, Bonaparte, cuya ausencia comenzó á lamentarse y á desearse su pronto regreso. No se sabía sino por vagos rumores lo que había sido de él y de su ejército, á causa de haber caído sus despachos en poder de la marina inglesa, señora del Mediterráneo. De lo que dijeran los despachos ingleses no se podía fiar. Solamente llegaron á su destino el despacho acerca de la batalla de Abukir y un relato de todo lo que le había acaecido al ejército en Egipto y en Siria, día por día, hábilmente redactado por Berthier y que publicó el *Moniteur*. El efecto de estos documentos sobre los Consejos y sobre el pueblo fué inmenso; Bonaparte se elevó á la categoría de salvador. En esta disposición los ánimos, se supo á los pocos días que el redentor había desembarcado en la Provenza.

El treinta de Septiembre, después de larga y peligrosa travesía, á causa de adversos vientos y de tener que resguardarse de los ingleses, llegó Bonaparte á su isla natal de Cerdeña, fondeando en el puerto de Ajaccio. No bien se difundió por la ciudad la noticia de su llegada, llenáronse los navíos, sin que les detuvieran las leyes de la cuarentena, de regocijados visitantes, que se decían primos, ahijados ó amigos del afamado general. Vientos contrarios le obligaron á detenerse aquí unos días. Hasta el ocho de Octubre no llegó á la vista de las costas de Francia, donde estuvo aun á punto de caer en medio de una flota inglesa, y el nueve, al amanecer, desembarcó en el golfo de Frejus. Renovóse aquí la escena de Ajaccio: centenares de personas se precipitaron á las naves llorando y dando gracias al cielo, que al fin les enviaba el sostén, el salvador, que había de poner fin á todos sus males. Aquel mismo día, Bonaparte tomó un coche y salió para París. El pueblo corría al encuentro del ilustre viajero; en todas las poblaciones del tránsito, su presencia provocaba una explosión de inmensa alegría, de ardiente entusiasmo; ciudadanos y labriegos, soldados y burgueses se agrupaban en torno del coche con bulliciosa gritería, y todos querían verle, saludarle, tocar sus manos. En Lyon, el entusiasmo llegó al delirio; por la noche se iluminó toda la ciudad, y Bonaparte hubo de presentarse en el teatro, donde fué aclamado largo rato y festejado con una comedia improvisada: *La vuelta del Héroe*. Desde aquí escribió á su mujer y á sus hermanos anunciándoles que se dirigía á París por Borgoña; pero tomó otra ruta, por temor de que el Directorio le armase alguna emboscada en el camino. El quince anunció el *Moniteur* á los parisienses la vuelta del invicto caudillo, y todo fué júbilo, y los vivas ensordecieron los aires, acompañados de las alegres marchas de la música y del estampido del cañón. Jamás pueblo alguno se arrojó en brazos de un hombre con tanta confianza y de tan buena voluntad.

Bonaparte entró en París el veinticinco de Vendimiario, diez y seis de Octubre, por la tarde. A las dos horas de haber llegado, se fué á casa del presidente del Directorio, que lo era Gohier. «Presidente, dijo, las noticias que me llegaron en Egipto eran tan alarmantes, que no he vacilado en abandonar mi ejército y venir á compartir vuestros peligros».— «General, respondió Gohier, el peligro era grande; pero hemos salido de él gloriosamente.

Llegais para celebrar con nosotros los triunfos de vuestros compañeros de armas». Al día siguiente, fué recibido en audiencia oficial por el Directorio, ante el que renovó sus protestas y declaró, puesta la mano sobre el puño de la espada, que jamás la desarmaría sino para defender la República y á su gobierno. «El Directorio, respondió el presidente Gohier, conoce los sentimientos republicanos de usted, guarda de sus antiguos servicios memoria muy grata, y no dejará de solicitar los talentos de usted para cumplir el difícil cometido que le está confiado».

Bonaparte adoptó la misma actitud reservada que había guardado después de Campo-Formio, como de quien, antes de tomar una resolución, trata de estudiar las cosas y las personas. Volvía con el rostro más enjuto, más oscuro el color. Llevaba una pequeña casaca gris y un sable turco, pendiente de un cordón de seda. Su casa de la calle de la Victoria no se vaciaba en todo el día de visitantes de todas clases, generales y ministros, diputados y escritores, conservadores y demócratas, que iban allí para trabar relaciones con él, ganarle á su causa ó conocer sus planes. El Consejo de los Quinientos, por agradarle, eligió presidente á su hermano Luciano, que había adquirido influencia por su intriga y su facundia declamatoria. Poco á poco se fué enterando de lo que pensaban y querían los partidos. Eran éstos tres: los patriotas, los moderados y los que Bonaparte llamó *podridos*. Los primeros querían mantener á todo trance la Constitución del año tres y enviar al general á la frontera, para que devolviese á la República su perdido esplendor. Los moderados deseaban cambiar la Constitución, convencidos de que con ella jamás se conseguiría estabilidad ni reposo, y consideraban á Bonaparte como la única persona capaz de efectuar este cambio: su jefe era Sieyes. Los *podridos* no formaban partido, eran una tropa de bribones é intrigantes, que buscaban en la política el camino de hacer fortuna: dirigíanlos Barras y Fouché. Estos tres partidos se hallaban representados en el Directorio: los patriotas, por Moulins y Gotier; los *podridos*, por Barras; los moderados, por Sieyes y Roger-Ducos. Evidentemente, Bonaparte solo podía aliarse con los moderados; pero tropezaba en un inconveniente, la profunda aversión que profesaba á Sieyes, desde que éste había rechazado las proposiciones que aquél le hiciera en mil setecientos noventa y siete. Se dirigió, pues, en primer término á los directores Gohier y Moulins, que también odiaban á Sieyes, y les preguntó si podría ingresar en el Directorio en lugar del abate, cuya elección se declarararía nula. Imposible. La Constitución fijaba, para ser Director, la edad de cuarenta años; Bonaparte no tenía más que treinta, y el concienzudo juriconsulto Gohier declaró que ni los mismos Consejos tenían facultad para dispensar de este requisito. Hallando esta puerta cerrada, Bonaparte pensó ya francamente en un golpe de fuerza. Al efecto, se volvió hacia los jacobinos y sondeó á los generales Bernadotte y Jourdan; pero los halló sin recursos y sin ideas, y no tardó en observar que la alianza con los jacobinos comprometería su inmensa popularidad. Nada, no había unión

posible más que con los moderados; pero, ¿cómo cegar el abismo que separaba á Bonaparte de Sieyes? Jamás se habían hablado; ambos se observaban, y cada uno esperaba que el otro le dirigiese la palabra. El primer encuentro sirvió para alejarles más al uno del otro. Comieron juntos en casa de Gohier: Bonaparte no dirigió la mirada á Sieyes, éste se condujo de la misma manera. Se retiraron furiosos. «¿Habrás visto insolente cómo éste?, dijo Sieyes; no se ha dignado saludar siquiera á un ministro del Directorio, que debió haberle hecho fusilar?»—«¿En qué se pensó, dijo Bonaparte, al poner á este sacerdote en el Directorio? Está vendido á Prusia, y si no se anda con cuidado, os venderá á vosotros». Pero los intereses pueden más que las voluntades. Amigos de entrambos, Cambaceres, Talleyrand, Rœderer, el almirante Bruix, el propio Luciano, mediaron: representaron al uno que su alianza con Sieyes y Roger-Ducos le aseguraría dos votos en el Directorio, mayoría resuelta en el Consejo de los Ancianos, respetable minoría en el Consejo de los Quinientos y un gran partido fácil de dirigir; hicieron presente al otro que Bonaparte era el brazo que buscaba, el único de quien pudiera valerse para la realización de sus planes. Como todo esto era exacto, comenzó á desarrollarse entre ambos una corriente de mutua simpatía, que no tardó en conducirles á la unión. Antes de que ésta se consumara, Bonaparte celebró una conferencia con su antiguo protector Barras, quien estuvo por todo extremo torpe, manteniéndose reservado, en vez de adelantarse, como Talleyrand, á las confidencias de su interlocutor. Bonaparte le juzgó hombre gastado y muerto, y aquella misma noche se fué á entenderse con Sieyes en casa de éste. Sieyes no estaba entusiasmado. Era el abate demasiado sagaz para no comprender, que Bonaparte no era su hombre, el brazo que ejecutaría su pensamiento, sino que sería á un tiempo cabeza y brazo del nuevo gobierno. No se ocultó de decirlo á uno de los hermanos del general, José: «Bien sé la suerte que me espera. Después del triunfo, su hermano de usted prescindirá de sus compañeros y nos dará á todos un puntapié». La alianza quedó concluida.

Se desataba cohonestar el golpe de Estado, de suerte que apareciese como un cambio legal de Constitución. Se contaba para ello con la gran mayoría del Consejo de los Ancianos, y en el mismo de los Quinientos se observaba, desde el catorce de Septiembre, una vuelta hacia el orden, que daba motivo á esperar una decisión también favorable por parte de esta asamblea. Cuando Bonaparte regresó á París, el Directorio acababa de enviar á los Quinientos un mensaje relativo á la Hacienda, que la Cámara, lejos de rechazarlo, como había hecho antes, tomó en consideración é hizo objeto de formal estudio. Para investigar remedios eficaces al malestar económico, el Consejo de los Ancianos celebró varias sesiones secretas, y en secreto también deliberó el de los Quinientos, el veinticinco de Octubre, para analizar la situación y poner de relieve todas las causas del mal. En esta sesión, Creuzé-Latouche formuló un juicio crítico aplastante de la legislación

19. V. 0
CAPITULO VIII
UNIFORME VITIAY2



LA ENTRADA DE LAS TROPAS ENVIADAS A DISOLVER EL PARLAMENTO Y DAR EL GOLPE DE ESTADO EL 18 DE BRUMARIO POR NAPOLEÓN EL GRANDE Lit Felipe C. Rojas. Madrid.

jacobina desde el treinta de Prairial, de la ley de los rehenes y de la del empréstito forzoso, que habían causado la completa depreciación de la propiedad territorial y proporcionado valiosas fuerzas á la guerra civil. Se habló de los abusos de las delegaciones; se pidió la revisión de las leyes sobre los contratos privados del tiempo del papel-moneda, y se nombró una comisión que examinase los abusos cometidos en la inscripción de la lista de los emigrados y despachase con diligencia las solicitudes de baja. En cumplimiento de los acuerdos tomados en esta sesión, Thibaut leyó el treinta y uno del propio mes el informe de la comisión sobre el empréstito forzoso, proponiendo abandonarlo y que se elevasen en su lugar los impuestos directos un cincuenta por ciento. No obstante los furros de la izquierda, se acordó por una gran mayoría proceder á la discusión. «La contrarrevolución está hecha», exclamó un diputado jacobino al enterarse del resultado de la votación. Por donde se ve que la mayoría de los Quinientos tomaba la misma dirección que Bonaparte pensaba imprimir á la política, y había motivo á esperar que prestaría su adhesión á los propósitos de los conjurados. Pero esta mayoría no era segura. La formaban, con los diputados de la derecha, los votos indecisos del centro, que habían estado sometidos á la influencia de los jacobinos y era de temer que volvieran á someterse á ella, si éstos llegaban á recobrar el predominio. Para asegurarse contra semejante eventualidad, Bonaparte y Sieyès debían contar á todo trance con el concurso de las tropas regulares.

Esto corría de cuenta de Napoleón, á cuya casa afluían todos los generales, dispuestos en su mayor parte á seguirle á donde quisiera conducirles. Moreau, republicano sincero, descontento del Directorio por haberle quitado el mando de aquel ejército de Italia que había salvado en Novi, cedió á los primeros halagos de Bonaparte y se le ofreció con sus ayudantes para el momento de la acción, resistiéndose únicamente á tomar parte en los cabildeos. Se le ofrecieron igualmente Macdonald, Serurier y Beurnonville. No logró atraerse á Bernadotte, á Jourdan ni á Augereau. Sus compañeros en la expedición de Egipto, Berthier, Murat, Lannes y Marmont, trabajaban sin descanso en ganar á los oficiales de las diferentes armas. La policía cerraba los ojos. El ministro Fouche se las arreglaba de manera que pudiese obtener la recompensa de su complicidad si el golpe se lograba, y no perjudicarse si fracasaba. Las autoridades departamentales eran también cómplices, mediante el comisario del departamento de París, Real.

El seis de Noviembre, se celebró en la iglesia de San Sulpicio, llamada entonces templo de la Victoria, un gran banquete en honor del general invicto. Los Ancianos hubiesen querido dárselo en nombre del Cuerpo legislativo, pero como se opusieran los Quinientos, alarmados por los extraños rumores que corrían, se decidió organizarlo por suscripción. Setecientos cincuenta fueron los comensales. Lo presidió Lemercier, presidente del Consejo de los Ancianos. «Allí, dice el historiador de Napoleón, Lanfrey, se hallaban reunidos, cambiando algunas ocurrencias de glacial trivialidad, la mayor parte de los autores de la